

SECCIÓN POLÍTICA

DESDE MADRID

¿Se puede saber?

Republicanos y carlistas, ¿son o no son españoles? He aquí la duda cruel que desde hace algunas semanas me ataraza el alma.

Para saber si una palabra es o no es castellana se suele acudir al Diccionario de la Academia. Para averiguar quién es y quién no es español, lo más derecho parece consultar la Constitución. ¿Qué dice acerca del particular la Carta Magna de nuestras libertades? Hijos de padre y madre españoles, nacidos en España á mayor abundamiento, españoles han de ser por todos costados. Allí no se hace excepción de opiniones políticas. Luego, evidentemente, no cabe duda en el asunto.

Cabe, sin embargo. Cierto que la Constitución está terminante; pero ¿quién hace caso de la Constitución? La autoridad del Código fundamental en materias constitucionales corre pareja con la del Diccionario de la Academia en achaques lingüísticos. También dice la Constitución que todo español está obligado á defender la patria con las armas y no menta siquiera la redención por dinero. También dice que todo español está obligado á contribuir á los gastos públicos en proporción de sus haberes, y no se acuerda de los tenedores de títulos de la Deuda. También dice que todos los españoles son admisibles á los empleos y cargos públicos según su mérito y capacidad, y ya ustedes saben qué clase de capacidades y qué especie de méritos dan acceso á nuestros cargos públicos. También dice que nadie será molestado en territorio español por sus opiniones religiosas, y nadie ignora que aquí apenas puede vivir quien no sea jesuita, ó cuando menos escolapio. También dice que los ministros son responsables... y velay

usted. ¿Dice la Constitución tantas cosas!

Si apartando los ojos de ese texto seductor, pero engañoso, los volvemos á la realidad, fácil será advertir en ella el fundamento de nuestra duda. Se habla, por ejemplo, de un gobierno nacional en el que tengan participación todos los factores dinásticos, aun los más opuestos é irreductibles, desde Gamazo á Moret y desde Romero á Silvela. ¿Piensa alguien en llamar á formar parte del tal gobierno á Cerralbo y Pi y Margall? Pues es notorio que Pi y Margall y Cerralbo y los elementos políticos que ambos representan no forman parte de la nación. Se piden desde el banco azul soluciones patrióticas á todos los representantes del país. Acuden los republicanos con las suyas, y se las rechaza. Pues es evidente que tales soluciones no son consideradas como genuinamente españolas. Se convoca á los españoles todos á una pública manifestación de españolismo. A título de español concurre tú, lector incauto. Tan luego como á las expresiones de puro patriotismo se agregan otras á las cuales, por virtud de tus opiniones, no puedes asociarte, comprendes tú error. Todos los españoles han sido llamados; tú, no obstante, estás excluido. Luego es manifiesto que tú no eres español. ¿Porqué? Porque tus opiniones republicanas (no te hago la injusticia de tenerte por carlista) te excluyen de la nacionalidad.

La Constitución dirá lo que quiera; de hecho hoy nadie puede blasonar de ser español puro y neto, así descendida del propio muelle de Peláyo, si no ha obtenido de los que mandan carta de naturaleza. El gobierno se ha reservado la facultad de otorgar esa merced; una de aquellas que la antigua tecnología administrativa llamaba *gracias al sacar*. Para alcanzarla hay que estar adornado de ciertas especiales dotes. Lo primero es ser sagastino, ó cuando menos silvelista ó cosa así. Luego es fuerza reco-

nocer que los que han venido gobernando á España desde hace veinticinco años, nada tienen que ver con lo que al presente nos pasa. Es menester, además, que se tenga gran confianza en que nos sacarán del atolladero los que nos metieron en él. Y, en fin, hay que declarar que los gobernantes que gozamos (ó viceversa) son verdaderos modelos de perspicacia y previsión. Quien tales cosas no reconozca y declare no formará, en las circunstancias presentes, parte integrante de la patria.

Oh, sombra augusta del gran Cánovas, cuán merecido tienes el monumento que se te prepara! El egregio estadista que nos legó tan pingüe herencia, sigue desde el sepulcro inspirando la política de sus sucesores. Semblante al Cid, él también gana batallas después de muerto, y claro está que no hay aquí alusión alguna á Cavite. Dividió él á los ciudadanos en legales. No eran éstos miembros del Estado; no eran ni podían ser españoles. ¿Qué eran, pues? El propio Cánovas lo dijo en ocasión solemne: eran... los enemigos de la patria. Ahora Sagasta no se contenta con plagiar al difunto su teoría de la consustancialidad; le plagia también su doctrina legalista y á cuantos no comulgan con él en opiniones políticas los juzga y disputa por auxiliares de los yankees.

Gran cosa es, sin duda, la verdad oficial, pero tiene sus inconvenientes cuando no conforma con los hechos. Declarar la unidad católica no es extirpar las herejías. Lo mismo acaece con las religiones políticas. Países hay donde la opinión pública ha llegado á un *convenius* que le permite identificar á la patria con el Estado. En Suiza no existen monárquicos; en Inglaterra puede decirse que no existen republicanos. Donde eso pasa, ¿qué se adelanta con fingirlo? Exkirpar de la nacionalidad á los *mal llamados* españoles es empresa tan inasequible como borrar del tiempo aquellos *mal llamados* años. Y cuando ellos se

lograra, ¿qué ganaría España con ello? Eliminad por la derecha á esa gran masa rural á la que su atraso y barbarie mantienen en el carlismo; suprimid por la izquierda la gran masa urbana, el pueblo de las grandes ciudades, republicano por convicción ó por presentimiento. ¿Qué españoles quedan? Los fusionistas de Sagasta, los fusionistas de Gamazo, los fusionistas Moret, los neoconservadores de Silvela, los neoconservadores de Pidal, los conservadores de Romero, los conservadores disidentes, sueltos, sepulcrales é insepultos. Parecen muchos, ¿verdad? Pues, bien contados, harán poco más de la docena del fraile. Poca gente aún adicionándole el célebre elemento neutro sobre todo cuando se trata de habérselas con ochenta millones de *yankees, yankis, yanguis*, ó como se escriba.

ALFREDO CALDERÓN.

SECCION DE NOTICIAS

«El Imparcial»

Madrid 13, 3:50 t.

«El Imparcial» publica un despacho de la Habana, que dice que se cree que el almirante Cervera no se encuentra en Santiago de Cuba, aduciendo como prueba, que después del último bombardeo la escuadra yankee tuvo que retirarse á causa de la escasez de municiones y que si lo hubiera sabido el almirante Cervera le hubiera salido al encuentro.

Protesta de Sampson

Madrid 13 9:45 n.

El almirante Sampson ha dirigido una protesta á Mr. Mac-Kinley contra la pasividad del ejército que no secundó á la armada, y dice que está dispuesto á dimitir.

Censura que le ordenaran los bombardeos prematuros de Puerto Rico y Santiago de Cuba.

Añade, que si las tropas permanecen en Tampa inactivas, proporcionará á los insurrectos los cañones lijeros de la escuadra y tomará á Santiago.

Dice también que ignora si el «Morri Mac» cierra el canal de Santiago, lo cual le obliga á hacer una enorme vigilancia á fin de evitar un ataque de los torpederos y la fuga de la escuadra española.

Si Cervera se evadiese de Santiago, dice que se levantarían la tapa de los sesos.

Convenio

Madrid 13, 10:15 n.

Han convenido el comodoro Dewey y el capitán Aguinaldo, que Filipinas aceptara temporalmente el protectorado del gobierno yankee, fun-

de encadenacion.